

DESTINO: UMPALANDIA

Dedicado a mis sobrinas y
sobrinos, que aún tienen tiempo
para soñar, para que me quieran
más.

Yebrail Haddad

Habían transcurrido once años desde mi última expedición; aún recuerdo como si fuera hoy lo espeso y fascinante de los bosques alemanes conocidos como la selva negra. En aquél entonces estaba en la búsqueda del Anillo Mágico de los Nibelungos, y quise probarle al mundo que eso que los estudiosos de la literatura llamaban mitología era tan real e indiscutible como la misma existencia de David el Gnomo.

¡Ah! tiempos aquellos en los que recorrí el Estado gringo de Indianápolis y parte de la bella Italia, como de la inmejorable Francia, siguiendo el rastro de los Gnomos de las praderas, los Alpes y los Campos Elíseos.

Cuando creí que había perdido toda mi capacidad de imaginar y de recrear los mundos maravillosos que soñaron los grandes exploradores como los hermanos Grimm, Tolkien y Rowling; cayó ante mis pies, desde lo más escondido de mi biblioteca en Bogotá, el “Diario privado de Willy Wonka”.

Conseguí el “Diario de Willy Wonka” sin proponérmelo, una vez que estuve caminando por el barrio Chino de Nueva York. Nunca di credibilidad a lo que veía, siempre pensé que se trataba de algún cuento inventado por algún chino y reproducido por todo el mundo para ser vendido por la módica suma de cinco dólares.

Esa noche, con el “Diario de Wonka” a mis pies, decidí echarle un nuevo vistazo.

No sé por qué no me había dado cuenta antes, pero leyendo y releendo ese “Diario” tuve la sensación de que estaba al frente de algo extraordinario, y fue así como descubrí que más allá de un simple escrito de pacotilla, tenía a mano

un verdadero mapa que con acertijos y refranes daba las coordenadas para la ubicación exacta de “Umpalandia”.

En alguna oportunidad escuché de los asombrosos viajes de Willy Wonka; un fabricante de chocolates muy famoso que recorría el mundo entero buscando nuevos sabores para sus golosinas. Supe además que en una de sus travesías se había topado, en algún lugar de la selva, con un mundo fantástico donde habitaban pequeños hombrecitos llamados “Umpalumpas”.

Willy Wonka descubrió que los “Umpalumpas” daban su vida por encontrar granos de cacao, los que eran muy escasos, y por tanto, manjares apetecidos por estos hombrecitos.

Debido a lo escaso de los granos del cacao, en “Umpalandia” todos los días se desayunaba, almorzaba y cenaba con unas horribles orugas llamadas “Mojojoy”, cuyo sabor amargo ponía de mal humor a los habitantes de este extraño y exótico mundo.



Imagen del Mojojoy en su hábitat natural.

Cuenta Wonka en su diario, que los “Umpalumpas” aunque tan solo le llegaban en estatura hasta su rodilla, eran grandes y disciplinados trabajadores; seres sorprendentes que no conocían la envidia, el egoísmo, la codicia, ni la deslealtad, males que aquejan siempre a nuestra sociedad civilizada.

Contemplando la perfección de las familias de “Umpalandia”, y pensando en la manera como sus recetas para la preparación de chocolates estarían a salvo de ser conocidas y robadas por su competencia, Wonka decidió invitar a los “Umpalumpas” a vivir y a trabajar en su fábrica de Chocolates, ofreciéndoles a manera de pago dejar de comer “Mojojoy” y en su lugar tomar todo el chocolate que les apeteciera.

Rápidamente el “Rey Umpalumpa” selló un trato con Wonka que duraría toda la vida. No obstante, no trasladó a todo su pueblo a vivir a la Fábrica de Chocolates, si no que dejó a un pequeño grupo de “Umpalumpas” en algún lugar de la selva para cuidar a “Umpalandia” y tener una especie de plan B en caso de que la Tribu decidiera regresar a su tierra.

El Diario de Wonka ubicaba la puerta de entrada a “Umpalandia” en un lugar del Planeta, atravesado por un gigantesco río, donde confluyen tres fronteras nacionales y los loros surcan sus aires en gigantescas bandadas a las 530 de la mañana y 530 de la tarde en punto, todos los días. Ese lugar, aunque suene común y corriente, es llamado por los “Umpalumpas” como “La Gran Casa de la Selva”.

Fue así como inicié la expedición más grande que haya realizado en mi vida, hasta ahora, esta vez en busca de “Umpalandia” y teniendo como punto de partida la Ciudad Colombiana de Leticia, en el Amazonas, la única que según mis cálculos y estudios cumplía con las condiciones señaladas por Wonka en su manuscrito.

Dos horas después de haber tomado el avión por Aerolíneas Colombianas, había aterrizado en Leticia. Un paraje que pese a haber sido abandonado durante décadas por el Estado, lucía radiante y acogedor. Eso sí los rayos del sol elevaban la temperatura por encima de los 38 grados.

Ya estaba en Leticia, ahora ¿por dónde empezar la búsqueda de “Umpalandia”? me preguntaba mientras tomaba un taxi, y le pedía al conductor que me llevara a la Alcaldía del Pueblo.



Alcaldía de Leticia

El señor Alcalde me recibió con gentileza, y antes de que pudiera ofrecerme un delicioso café amazónico, yo ya había encendido la grabadora de notas de voz de mi celular: ¿Dónde queda la puerta de acceso a “Umpalandia”? le pregunté.

-¡“Umpalandia” no existe!, me respondió un poco molesto el señor Alcalde-

-Si usted quiere vaya a ver Anacondas al Mundo Amazónico, o micos en la Isla de los Monos- repuso el Alcalde señalándome la puerta de salida de su oficina.

Salí de la Alcaldía, y con maleta en mano me senté en el parque que estaba pasando la calle. El parque principal, dije para mis adentros.

De pronto, empecé a escuchar un chillido que me recordaba tan solo el sonido ensordecedor de las cigarras en el parque de mi natal Ocaña. Al alzar la vista vi lo que parecía un milagro de la naturaleza: bandadas enteras de loros-pericos pasaban a toda velocidad por las copas de los árboles.



Fotos de las bandadas de Loros.

Nunca había visto tantos pájaros juntos, pensé, y de inmediato seguí el curso del vuelo de las aves, en una persecución por las calles de la Ciudad. De repente, la trayectoria de su vuelo pareció conducirlos hacia una especie de barrera invisible en el cielo, hasta el punto de desaparecer ante mis ojos.

Sin explicación alguna, los loros se desvanecían en el cielo encima de una casa aparentemente normal, hasta la cual también había llegado yo.

Hoy es mi día de suerte, exclamé al ver que el letrero de la casa decía: “Hotel de la Selva”, y recordar que la puerta de entrada a “Umpalandia”, según el Diario de Wonka, estaba en la “Gran casa de la Selva”. Entré inmediatamente.



Foto de la fachada del Hotel de la Selva.

Zélix, un hombre pequeño pero no tanto para ser un “Umpalumpa”, recibió mis maletas y me dio un vaso de jugo de Copoazú. Estaba sediento y muy cansado luego de haber corrido como loco por Leticia.

¿Cuál habitación desea? Me preguntó Zélix.

Aunque escuché su pregunta, no le respondí. Estaba distraído buscando en el Diario de Wonka las coordenadas de la puerta de entrada a “Umpalandia”.

- 2 grados Norte, 5 grados Este – Leí en la página 15 del pequeño libro.

Tan rápido como respiraba, saqué de mi bolsillo la brújula Silva que había comprado en mi paso por la “trading post Scout” en Terre Haute, Indiana, y tomé las coordenadas del lugar.

- ¡Que vaina! las coordenadas no me cuadran- pensé mientras Zélix me preguntaba por segunda vez.
- Están disponibles la 110, la 201 y la 205 – dijo Zélix alzándome la voz.
- ¿De qué habla?- Le contesté.
- Pues de las habitaciones disponibles-, me respondió bastante serio. – ¿Al fin se queda acá o no?- Replicó.

Por tanto que reza mi mamá o por la protección de los Ángeles que me enviara diariamente mi hermana Margarita, se me encendió el bombillo y mi cerebro trabajó más allá del diez por ciento: me acordé que tratándose de las técnicas de la orientación con brújula, el Norte está a cero grados.

¡Había descifrado el primer acertijo y encontrado las coordenadas de las puertas de “Umpalandia”!

El número de la habitación, es decir el 205, indicaba las coordenadas de 2-0-5, Noreste, tal como se señalaba en el Diario de Willy Wonka.

Me puse muy feliz y sin darme cuenta di saltos de alegría de camino a la habitación 205, tomando a Zélix del brazo, quien no podía entender lo que me sucedía.

Adentro de la habitación 205 no pasó nada extraordinario. Encontré un típico cuarto de hotel, con una cama matrimonial, una mesa de noche, un baño, un ventilador y una peinadora con espejo incluido.

Pasaron tres días con sus noches y nada había ocurrido. -Perdí la pista-Sentencíe en mi mente.

Decidí volver al Parque de los Loros y leer una vez más el Diario. De pronto entendí que estaba dejando pasar por alto una pista:

-“Solo quienes vean con los ojos de los siete colores, podrán ver la entrada a Umpalandia”, leía en la página 7 del Diario.

Dos días después regresé al Parque de los Loros, y caminé por él desprevenidamente. Me detuve a mirar la fuente en el centro del parque, llena de buchones de agua y de flores de loto, la misma fuente que en el pasado albergara a un emblemático pez Pirarucú.

Un arcoíris floreció en mi presencia. Uno de los chorros de agua de la fuente descomponía los rayos del Sol en siete colores, ofreciendo un espectáculo de luz y naturaleza.



Foto del arco iris formado en la fuente del parque de los loros.

-Necesito unas gafas de cine en tercera dimensión-, dije, hablando solo.

Luego de buscar sin éxito las gafas de 3D por toda Leticia, las recibí por encomienda desde Bogotá. Y con ellas puestas, sentado en el borde de la cama de la habitación 205, la imagen de color naranja de las puertas de entrada y salida a “Umpalandia”, brilló a mi vista.

Las puertas de “Umpalandia” estaban empotradas en las paredes, y solo con las gafas de 3D puestas, se podían ver como si fueran grandes rectángulos anaranjados a lado y lado de la habitación, sin cerrojos, ni chapas, ni candados.



Foto del interior de la habitación 205, donde se aprecian las puertas de entrada a Umpalandia.

Por fortuna el Diario de Wonka explicaba cómo se podían abrir las puertas; para lo cual se exigía como requisito que durante la noche los rayos de Luna se reflejaran sobre tres escamas de Piraña puestas a los pies de la puerta.

Después de tantas aventuras y dificultades vividas, conseguir las escamas de piraña no fue tarea difícil. Las compré en el malecón de Leticia, por dos mil pesos cada una, o su equivalente a 2 reales brasileños, y esperé la hora exacta para que la Luna se pusiera.

Dicho y hecho. Los rayos de la Luna entraron por las ventanas de la habitación 205, y en un acto de magia de la más pura, la puerta de entrada a “Umpalandia” empezó a abrirse lentamente, subdividida en dos compuertas, como si fuera una cápsula partida a la mitad.

Finalmente las dos compuertas se abrieron en dirección de abajo hacia arriba, la primera, y de arriba hacia abajo, la segunda. Cogí mi linterna “Coleman” y entré. Las compuertas se cerraron ante mi presencia.

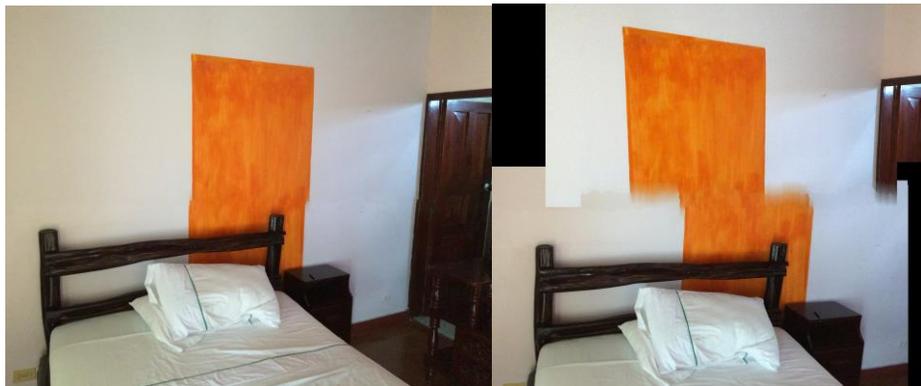


Foto de las puertas de entrada a Umpalandia abriéndose

Me encontré en frente de un corredor de baldosa y techo de plantas colgantes con largas lianas entrelazadas. Caminé entre los bejucos, el calor me sofocaba mientras el vapor de agua brotaba entre las paredes de cal que rodeaban el pasadizo.



Foto del corredor hacia Umpalandia

En el camino me topé con un larguísimo comedor de madera, con cuatro sillas a cada lado, el que hubiera pasado desapercibido de no ser por la canasta con granos de cacao que se encontraba encima de este, como anunciado que la “comida estaba servida”.

No había duda, estaba ya en “Umpalandia”.



Foto del comedor de los Umpalumpas. Nótese los granos de cacao en la mesa, y el sombrero que Willy Wonka les regalara.

De un momento a otro, me encontré en la espesa selva amazónica. Un antiguo sendero me llevó hacia una Maloca o Bohío. Una fogata estaba encendida en su interior y de inmediato un “Umpalumpa” se presentó ante mí.



Fotos del sendero y del interior de la Maloca

- Bruuu – Bruuuullllll – bru, bru, bru- Me dijo.
- Bruuuuuuu - brubru- brububu- Le respondí, en claro lenguaje Umpalumpiano.

Por más de cinco días estuve en “Umpalandia”, conociendo a fondo las costumbres y modo de vida de los “Umpalumpas”, así como sus misterios y secretos.

Algunos “Umpalumpas” siguen siendo fieles a sus costumbres, y todavía comen Orugas Mojojoy. Sin embargo, hace varios años se dieron cuenta que sus parientes y su Rey no regresarían de la Fábrica de Chocolates Wonka, y por eso decidieron cambiar radicalmente su estilo de vida.



Foto comiendo una Oruga Mojojoy en estado natural.

Hoy día los “Umpalumpas” son los mayores comerciantes de Leticia y Tabatinga; controlan el 90 por ciento de los restaurantes, hoteles y la venta de chocolates en la frontera entre Colombia, Brasil y Perú. Y aunque nunca se dejan ver de las personas que por ahí viven, son astutos a la hora de manejar sus finanzas y expandir sus negocios, valiéndose para ello de las transacciones por internet, de la venta y compra de acciones y de la contratación de administradores de forma secreta.

Los “Umpalumpas” han logrado sacar provecho económico a las feas Orugas Mojojoy, las cuales se venden fritas o rellenas de queso y pollo en los mejores restaurantes de la frontera, como platos exóticos y manjares deliciosos. Debo confesar que no me atreví a comer ni uno de estos gusanos.

CEVICHE	
CEVICHE MIXTO	\$19.00
CEVICHE DE CAMARONES (GRANDES)	\$22.00
CEVICHE DE PIRARUCU	\$17.00
CEVICHE DE CORBINA	\$17.00
COCTEL DE CAMARONES	\$15.00
OJO MOJOJOI	
MOJOJOI RELLENO CON QUESO X 4 UNDS.	\$ 6.00
MOJOJOI A LA PLANCHA X 4 UNDS.	\$ 5.00
BROCHETAS DE MOJOJOI	\$ 6.00

Foto de la Carta de Comidas de un importante restaurante en Leticia

Así mismo, “La Casa del Chocolate”, en Tabatinga, de propiedad oculta de los “Umpalumpas”, vende los mejores chocolates de la región amazónica, los cuales se fabrican y empaican bajo su propia marca llamada “Garoto o brubuuu”, que traducido del “Umpalumpiano” quiere decir: “hombre pequeño o Umpalumpa”.



Foto de la Casa del Chocolate en Tabatinga, Brasil.

Estos chocolates son realmente fascinantes, me comí por lo menos 13 en un instante.

Muchas preguntas quedan todavía pendientes por resolver, quizás podré responderlas algún día y de pronto también pueda regresar a “Umpalandia” en tu compañía.

Pero tené presente, cuando te comás un chocolate con sabor a Arazá o veás una escultura de un hombre pequeño en un hotel o restaurante, estarás más cerca de conocer un “Umpalumpa” de lo que jamás te hubieras imaginado, y aunque no lo veás, está ahí, te lo aseguro.

